

EN 1909, se publicó en Guadalajara una de las primeras obras de Mariano Azuela: *Mala yerba*. En esta novela, el escritor jalisciense nos presenta un vívido cuadro de la vida rural. La acción se desarrolla en una hacienda, San Pedro de las Gallinas. Ocasionalmente los personajes se trasladan a un pueblecillo cercano, San Francisquito.

La novela ofrece dos tipos diferentes de personajes: los hacendados y los peones. El conflicto nace, precisamente, al entreverarse los unos en las vidas de los otros. Aquéllos poseen la fuerza que otorga la posición económica y social; éstos, la debilidad propia de las clases desheredadas. La lucha que se entabla entre ellos es, desde luego, desventajosa para los segundos. Los peones más que atacar, se defienden. Marcela, el personaje más vigoroso entre los humildes, al *ofender* a Julián Andrade en el terreno amoroso, *se ofende*, más que *construir* su vida la *destruye*. Sabe oscuramente que caerá víctima del despecho de Andrade. Sabe, asimismo, que los hombres que la ocupen compartirán su suerte. Gertrudis, el caballerango de Julián, amante de Marcela, muere a manos de los hombres de Andrade. El derecho de los hacendados radicaba en dar categoría de ley a sus caprichos; el deber de los peones, en no coincidir en sus apetitos con los gustos de los amos.

*Mala yerba* describe minuciosamente la situación *real* de la típica hacienda porfiriana. Azuela sabe ver, con ojos ajenos a los fáciles esquemas de bondad y maldad absolutas, los vicios que minaron estas instituciones. Instituciones, porque formaban un estado dentro de otro estado, con sus leyes propias, con sus propias autoridades, con sus fuerzas propias para conservar el orden.

Por la fecha de su aparición, *Mala yerba* posee un valor especial: es, junto con otras obras del mismo autor, el antecedente del cual derivan las obras del ciclo revolucionario de Mariano Azuela. Este muestra aquí el apogeo del latifundio, la edad de oro del latifundista.

En otra novela, *Esa sangre*<sup>1</sup> publicada póstumamente, Azuela vuelve a tratar el mismo asunto, sólo que en otro momento de la vida del país: en *Mala yerba* describe, como ya lo he dicho, el apogeo del latifundio; en *Esa sangre*, su decadencia y muerte. Algunos de los personajes de aquella novela reaparecen en ésta. Su edad y carácter, lógicamente, han sufrido modificaciones. Los seres que aparecen por primera vez en *Esa sangre* están ligados por lazos de parentesco con personajes que ya conocíamos en *Mala yerba*.

*Esa sangre* se desarrolla en San Fran-

1 Mariano Azuela. *Esa Sangre*, Fondo de Cultura Económica, 1956. 196 pp.

---

# APOGEO MUERTE Y RESURRECCION DEL LATIFUNDIO

Por Emmanuel CARBALLO

---

cisquito. El problema que trata —y todas las novelas de Azuela tratan un problema específico— se relaciona con la tierra y su reparto. La acción transcurre —obvio es decirlo— después del triunfo de la Revolución. Corresponde, por lo tanto, al ciclo postrevolucionario de la producción de Azuela. Si en *Nueva burguesía* el novelista jalisciense narra los cambios sociales y económicos que la Revolución trajo consigo en la gran ciudad, en *Esa sangre* describe esos mismos cambios, sólo que en un tipo diferente de personajes: en los hombres del campo.

La anécdota de esta novela es sencilla y precisa, en oposición a las de otras de sus novelas, difusas y profundas. La acción se circunscribe a un personaje: Julián Andrade. De vez en vez surgen al primer plano otros personajes: Pablón, laborioso pollero que vende en la ciudad de México los productos que le envían sus parientes de San Francisquito; doña Refugio, hermana de Julián, de carácter en apariencia manso y que, en el fondo, posee los rasgos que distinguen a la familia: la impetuosidad, el valor temerario; los Ramírez, que forman el otro orgulloso clan, enemigo, en otras épocas, del de los Andrade; el cuerdo don Gertrudis, Presidente Municipal; el *Fruncido*, representante local del Departamento Agrario, ser repulsivo, mañoso, cuya vida es una mayúscula arbitrariedad... Todos estos personajes cooperan a intensificar la acción, a urdir la tragedia, mejor, la tragicomedia en que perecerá Julián Andrade.

Este es un personaje tridimensional, suelto, que convence de su existencia al

lector desde la primera vez que aparece. Azuela lo crea con humor y con amor. Su vida es ilusoria: trata de convertir el pasado en presente, de resucitar una forma de vida periclitada. Hijo de hacendados, criado en el ocio que depara la abundancia, no acepta su nueva situación, en la cual es un Don Nadie. Perdida la juventud y la holgura, Julián trata, por todos los medios, de rehacer su vida y su hacienda. Hace gestiones, siempre infructuosas, para que le devuelvan sus tierras.

Asistimos, en el transcurso de las páginas, a su degradación. El orgullo que lo acompaña en las primeras acciones se va poco a poco desvaneciendo. Su lugar lo ocupa el deseo de venganza. Tras de iracascar en sus gestiones ante el Departamento Agrario, Julián busca la manera de llamar la atención, de justificar sus pretensiones de hombre superior. Es esta la causa por la cual mata al *Fruncido* con la ayuda de su hermana. En la riña sucumben los dos Andrade. Simbólicamente sus muertes anuncian la desaparición de los antiguos poseedores de la tierra. Subsiste el latifundio, sólo que en otras manos. La Revolución para Azuela empobrece a los ricos para hacer ricos a los pobres.

*Esa sangre* —sangre rijosa, orgullosa, de viejos ricos— presenta un cuadro desolador de la vida rural mexicana: el desmoronamiento de una clase social que no acepta el nuevo orden de cosas, que permanece fiel a sus tradiciones. Los Andrade fracasan porque son coherentes consigo mismos. El triunfo en el mundo de Azuela sólo lo alcanzan los simuladores, los arribistas de última hora. Julián y Refugio están tan bien creados moral y psicológicamente que me recuerdan —en estos aspectos— a los personajes latifundistas de la novela mexicana del siglo XIX: pertenecen a la misma estirpe de los seres del López Portillo de *La parcela*. Si esta obra, como *Mala yerba*, describe la madurez del latifundio, *Esa sangre* pinta su extinción. Un mismo hilo ata a los Ruiz y a los Díaz de aquella novela con los Andrade y los Ramírez de ésta.

*Esa sangre* no es, desde el punto de vista literario, una de las mejores novelas de Mariano Azuela. (Recuérdese, en abono del novelista, que la muerte le impidió pulirla.) Es, sin embargo, una muestra más del gran talento narrativo de su autor, de su independencia de ideas, de su hombría intachable. Con esta novela, Azuela da fin a su enorme mural de la vida mexicana, que abarca —como dice Morton— “desde 1880 hasta nuestros días”. Su obra en conjunto es una especie de Comedia humana. Nadie mejor que él ha visto y descrito la realidad profunda de nuestro país. Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con su posición, con sus ideas, pero nunca negar su honradez inquebrantable.